

La castañera y los caracoles

Había una vez una castañera llamada Pepa que vivía en una casita al pie de la montaña. En todo el pueblo conocían su habilidad para asar castañas y la alegría con que las repartía entre los niños. Cada otoño, después de los primeros días de lluvia, Pepa se ponía las botas de agua, cogía su cesta de mimbre y subía al bosque.

Una mañana húmeda encontró el suelo cubierto de hojas mojadas y gotas brillantes. Empezó a buscar castañas, pero la primera que recogió estaba fría, lisa… ¡y se movía! Era un caracol. Y, por más que buscaba, solo encontraba caracoles.

—¡Qué extraño! Ayer había castañas por todas partes —pensó.

Entonces oyó una vocecita: —Gracias por llevarnos contigo, castañera. Somos los Caracoles Encantados de la montaña. Cuando llueve y llega la niebla, las castañas se convierten en caracoles para cuidar la humedad de la tierra. Si nos llevas al pueblo, te daremos una sorpresa.

Pepa, intrigada, llenó la cesta y regresó a la plaza. La gente observó los caracoles con asombro. De pronto, estos formaron un corro y, en un abrir y cerrar de ojos, se transformaron en castañas grandes,

brillantes y perfectas para asar.

Desde aquel día, Pepa aprendió a esperar siempre una sorpresa de la montaña. Cada otoño subía al bosque ilusionada, sin saber si encontraría castañas, caracoles o quizá ambas cosas. Sabía que la naturaleza, cuando se la cuida, siempre guarda un poco de magia.